

Cassiano Ricardo o el pesimismo combativo*

Cassiano Ricardo, poeta, ensayista y periodista, nació en São José dos Campos, Estado de São Paulo, el 26 de julio de 1896. Hijo de Francisco Leite Machado, pequeño agricultor, y de Minervina Ricardo Leite. Cursó estudios de Derecho, que inició en São Paulo y concluyó en Rio de Janeiro, en 1917.

Fue uno de los líderes del movimiento de reforma literaria iniciado en la Semana de Arte Moderno en São Paulo (1922), y participó activamente en los grupos «Verde-Amarelo» y «Anta», junto a Plínio Salgado, Menotti del Picchia, Raúl Bopp, Cândido Mota Filho y otros. Su primer libro de poemas data de 1915 y se titula *Dentro da Noite* (*Dentro de la noche*). Con él, Cassiano Ricardo se reveló modernista ortodoxo, posición en la que se mantuvo hasta 1947, cuando publicó *Um Dia Depois de Outro* (*Un día tras otro*), obra que la crítica en general considera como el marco divisorio de su carrera literaria.

Poeta de carácter lírico-sentimental, pagó tributo, en su primer libro, al parnasianismo, al igual que con *A Fruta de Pã* (*La flauta de Pan*), que es de 1917. Luego, el nacionalismo romántico (1925) con su *Vamos Caçar Papagaios* (*Vamos a cazar loros*) (1926), *Borrões de Verde e Amarelo* (*Borrones verde-amarillos*) (1926), *Martim Cererê* (1928). En 1931 publicó *Deixa Estar, Jacaré* (*Déjalo así, yacaré*), que también pertenece a esta etapa.

En *O Sangue das Horas* (*La sangre de las horas*), y después de la aparición de *Um Dia Depois de Outro* (*Un día tras otro*), Cassiano Ricardo presentó una renovación formal «que sorprendió a la crítica», convirtiéndose —según Manuel Bandeira—, en un «caso único» dentro de la poesía brasileña. Se destacan, entonces, entre sus libros posteriores a 1947, los siguientes: *A Face Perdida* (*La faz perdida*), *Poemas Murais* (*Poemas murales*), *25 Sonetos*, *João Torto e a Fábula* (*João Torto y la fábula*), *O Arranhacéu de Vidro* (*El rascacielo de vidrio*), libros, todos ellos, coronados, en 1957, con la publicación de sus *Poesías Completas* y *Jeremias Sem-Chorar* (*Jeremías sin llorar*), que corresponde a su última etapa (la de vanguardia). Pero si su obra poética está considerada como una de las más serias e importantes de la literatura brasileña contemporánea (Carlos Drummond de Andrade dijo de sus *Poemas Murais* que era una obra «escandalosa de tanto penetrar la raíz de las cosas») no es menos rica su producción en prosa. Historiador y ensayista, Cassiano Ricardo publicó, en 1940, un libro de gran repercusión —*Mar-*

* Capítulo II del libro Los poderes del poeta. Poesía y sociedad en el Brasil del siglo XX. (Véase en el núm. anterior de Cuadernos Hispanoamericanos el capítulo I, sobre Manuel Bandeira).

cha para Oeste (Marcha hacia el Oeste)— que mereció del crítico norteamericano Percy Alvin Martin la siguiente opinión: «Todos los estudios que se escriban sobre el tema quedan definitivamente endeudados con él».¹ No se limitó, empero, a esa obra su contribución en prosa. Iniciada en 1939, con *A Academia e a Poesia Moderna (La Academia y la poesía moderna)* prosigue, en 1953, con *A Poesia na Técnica do Romance y*, en 1954, con dos volúmenes que integran *O Tratado de Petrópolis*, erudito y sustancioso ensayo de sociología histórica sobre la cuestión del Acre y el papel desempeñado por el barón de Rio Branco. Luego vinieron: *Pequeno Ensaio de Bandeirologia* (1956), *O Homem Cordial (El hombre cordial)* (1959), *22 e a Poesia de Hoje (El 22 y la poesía de hoy)* (1962), *Poesia Praxis e 22* (1966), año en que también aparecieron *O Indianismo de Gonçalves Dias* y *Algumas Reflexões sobre Poética de Vanguarda*.

Cassiano Ricardo desempeñó, asimismo, varias y destacadas funciones públicas, entre ellas la de miembro del Consejo de Comercio Exterior del Brasil (1942), Jefe de la Delegación Comercial del Brasil en París (1953), Director General de la Secretaría de Estado de Negocios del Gobierno de São Paulo (1954-55) y Secretario de los gobernadores de su Estado natal Pedro de Toledo y Armando de Salles Oliveira (1932-1935).

Cassiano Ricardo, casado con Lourdes Fonseca, ingresó a la Academia Brasileña de Letras en 1937 y falleció en la ciudad de São Paulo, en 1974.

Perfil de un temperamento

No hay escuela literaria que pueda jactarse de haber apresado en sus redes la sensibilidad de Cassiano Ricardo. La suya fue una poesía que desbordó holgadamente los postulados de incontables estéticas, y sus diversificados recursos técnicos lograron siempre estar más allá del destino efímero de las corrientes en boga. Y conste que fueron muchas —muchas y sucesivas— las tendencias que lo vieron figurar entre sus adeptos.

No fue Cassiano, sin embargo, un artista voluble. Mucho menos, un oportunista. Nada más lejos de él que las artimañas del camaleón. Su insaciable sed de novedad, su indeclinable necesidad de cambio, no se fundaron jamás en la inconstancia, la endeblez de carácter o una eventual indiferencia en la que rápidamente terminarían naufragando todos sus emprendimientos. Tienen, por el contrario, un paradigmático amor a las mutaciones, un suelo viril y maduro: se asientan en una singular comprensión del tiempo que nadie, a mi ver, subrayó mejor que Heidegger. «Las transformaciones, dijo el pensador, son la garantía para el parentesco en lo mismo.»² De hecho, son contadas las personas (y contadísimos los escritores) capaces de entender tan bien como Cassiano que sólo aquel que se atreve a cambiar puede seguir siendo quien es.

Entre el año que lo vio nacer (1897) y aquel que lo despidió (1974), Ricardo probó todo lo que podía interesarle como poeta. Fue solemnemente parnasiano en los albores del siglo; nacionalista fervoroso en las décadas del 20 y del 30; se empapó, después,

¹ Se trata de un estudio sobre la exploración y conquista del interior de San Pablo, cumplida en el siglo XVII por las llamadas bandeiras, y del cual hay una edición castellana aparecida con el sello del Fondo de Cultura Económica bajo el título de *La Marcha hacia el Oeste*. (N. de S.K.)

² Martín Heidegger, *Qué es eso de filosofía*, Buenos Aires, Sur, 1960, p. 35.

de metafísica, alzó bien altas las banderas del coloquialismo, el expresionismo, la poesía concreta. Pero nadie, de los muchos que asistieron a los inevitables velatorios de tantas modas literarias, debió lamentar, entre los cuerpos yacentes, la estática presencia del de Cassiano Ricardo. El hombre se trascendía perpetuamente. El bien podía haber dicho, como el personaje de la *Comedia* dantesca, «yo soy más que yo».

Cassiano nunca fue un seguidor. Ni siquiera de sus propias creencias. Vivió en permanente estado de versatilidad. Siempre le importó más buscar que haber encontrado. Cuando murió, con poco menos de ochenta años, a nadie le sorprendió verlo a la cabeza de la vanguardia literaria de su país. Todos, por lo demás, lloraron la desaparición de aquel hombre sorprendentemente joven. Yo lo conocí en 1971. Tal vez ninguno de los enunciados de este ensayo defina mejor a Cassiano que una de las frases que me dijo. Nos saludamos, recorrimos su acogedor departamento de la ciudad de São Paulo, leímos seis de sus poemas que yo había traducido y luego, después de un café, le transmití mi deseo de hacerle unas preguntas. «Hágamelas, me contestó. Pero sea breve, porque yo tengo muchas cosas que preguntarle a usted.»

La rebelión contra el miedo

Entre los versos memorables de Fernando Pessoa, hay dos que establecen, con el rigor de muy pocos, la diferencia entre lo que Sartre llamó vida auténtica y aquella que no lo es. Forman parte de «Aniversario», el poema de Alvaro de Campos, y dicen:

Hoy ya no cumplo años.
Duro.³

Del vivir se distingue el durar por no ser más que estancamiento, pura reiteración, irremediable monotonía. Inversamente, la vida verdadera es desarrollo, constante incitación a transformar en realidad el proyecto que somos siempre. El hombre que dura, no vive porque se concibe como un hecho acabado. Nada lo distingue de una piedra. Ya no es otra cosa que una prolija, ciega repetición.

Acaso con la misma asiduidad que Drummond, pero con menos ternura y un horror más descarnado, Cassiano nos habla de ese hombre marchito. Lo llama *sobreviviente* por concebirlo como el saldo penoso de sí mismo. En él vislumbra Ricardo el residuo de otro hombre y de otra época en los cuales el diálogo y la alegría no habían sido aún envenenados. Nuestro mundo, el que sucedió a Berlín e Hiroshima, es, para Cassiano, el sitio de ese hombre.

Un muro divide el globo
terrestre.
Quienes pasan aún con
vida
de un lado a otro
por un pasillo de púas
no viven
sobreviven.

³ Fernando Pessoa, *Obra Poética*, Río de Janeiro, Editoria José Aguilar. 1960, p. 344.